

AÑO NUEVO EN MI RINCON

Hay que emprender la jornada,
atento siempre al sendero
y al rumor de la pisada
del camino verdadero.
Del ensueño en el regazo,
a solas consigo mismo,
derretirse en el abrazo
de silencioso heroísmo.

Sin ambiciones mezquinas,
con mis libros y mi pluma,
ni me duelen las espinas,
ni la zozobra me abruma.

Busco a Dios en mis hermanos,
conforto mis pesadumbres
y el lenguaje de mis manos
me devuelve dulcedumbres.

Y soy feliz porque aspiro
a perderme en el sendero
que me señale el retiro
de un lugar codiciadero.

Plata de sueños que arrulle
sosegado mi rincón;
caudal que a la vida afluye
en alas del corazón.

Ave María Purísima
RECUERDOS DEL AÑO MARIANO

Extremadura en el nuevo mundo

Conquistadores extremeños devotos de la Inmaculada: HERNAN CORTES

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



MÉJICO o Nueva España, despierta el glorioso recuerdo del extremeño ejemplar Hernán Cortés, soldado tan bravo y venturoso a lo divino y a lo humano, que llegó hasta la cumbre de la inmortalidad, cuando España andaba ocupada en conquistas prodigiosas y singladuras misioneras.

Pero además, la memoria de su vida triunfal, asombro del mundo, asocia en vinculación íntima espiritual la de los primeros apóstoles franciscanos que se consagraron a la tarea ingente de ganar el alma de los indígenas para Cristo y María Inmaculada, incorporándolos al regazo maternal de nuestra Patria.

De la inflamada empresa, de aquellos «doce apóstoles», franciscanos, nuevo Cenáculo de la evangelización de Méjico, refiere el P. Cuevas: «Este grupo de hombres verdaderamente espirituales, será siempre considerado como los padres de la Iglesia mejicana, y constituirán siempre una verdadera gloria de la Iglesia y de España. Con ellos sencillamente vino la civilización...»

Así, a las preclaras instrucciones recibidas por esta expedición seráfica se la conoce, nada menos, que por la *Carta magna* de la civilización mejicana. Y tan halagadoras esperanzas había cifrado el Conquistador en sus designios y prácticas evangelizadoras, que el cronista Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial, lo relata en estos términos de cálido realismo: «Cortés mandó en todos los pueblos así de los indios como donde vivían españoles, que por donde viniesen, se les barriese los caminos, y donde pasasen les hiciesen rancho si fuera en el campo, y poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, les saliesen a recibir y les tocasen las campanas, que todos comunmente, después de les recibir, les hiciesen acato...»

Entre estos hijos del Serafín de Asís, intrépidos defensores de la común o pía creencia sobre la limpia Concepción de la Santa Virgen María, figuraba el ardoroso apóstol, Fray Toribio de Benavente, o Motilinia, tan bien amado de los indios, cuyo recuerdo todavía palpita con acentos de gratitud en el alma de la gran nación mejicana: Lo cierto es, que nuestros misioneros y conquistadores, dejaron

en tierras de América una viviente sinfonía de los privilegios marianos que aun pervive, como claro reguero de luz, del paso de España por el Nuevo Mundo.

Con la espada valerosa y la cruz redentora, Cortés iba edificando sobre los derrumbados muros del extenso Imperio azteca el dominio de la Monarquía española, en tanto que por cima de los montones de los falsos dioses florecía como una oración el templo cristiano: Casas del Dios verdadero: *Domus Dei*: Hogar sagrado de las almas.

Cortés tuvo el espíritu abierto al aire y a las estrellas y en su mente dominaba un designio imperial: Soñaba con la conquista de almas para Dios y de un imperio para el César. Por ello su genio tiene tanta dimensión de caudillo como enorme volumen de apóstol. Sus afanes de conquista, dorados con el fuego sagrado de su vocación evangelizadora, incorporaron a la Corona de España la grandeza de un pueblo inmenso, penetrado de rica y fecunda espiritualidad: Tal vez ningún conquistador llevara metido en su noble interior, como Cortés, un amor tan encendido por el apasionante Misterio de la Inmaculada.

Hasta el mismo Bernal Díaz, destaca el alto sentido mariano que informaba la vida de tan preclaro caudillo extremeño, en estos sinceros términos: «Todos los soldados que pasamos con Cortés, tenemos muy creído que la Virgen Purísima era con nosotros». Y haciendo con unas breves pinceladas el retrato del Conquistador de Méjico, nos refiere el mismo historiador: «Rezaba por la mañana las Horas a Santa María e oía Misa con devoción; tenía por muy abogada a la Virgen Purísima... Y llevaba una cadenita de oro con la imagen de Nuestra Señora con su Hijo».

Tras la dichosa desobediencia a Velázquez, Cortés partió gozoso y confiado para la conquista de Méjico, bien provisto de imágenes de la Purísima Virgen María, y entre las instrucciones que había recibido figuraban en el lugar preferente, la prohibición rigurosa, «de que ninguna persona diga mal de Dios, o de su Santa Madre, ni de los Santos».

Y bien cumplió, a la letra y al espíritu, el gran caudillo extremeño, la consigna recibida, porque en las Ordenanzas para asegurar el buen trato a los indios castiga Hernán Cortés al blasfemo.

A la inmensa distancia de siglos, todavía sorprende la fe que iluminaba la vida de estos héroes incomparables:

Un día, llegaron los embajadores de Moctezuma, cuando en el campamento de Cortés se tocaba al «Ave María». Y quedaron admirados al ver como aquellos hombres superiores, casi de leyenda, doblaban sus rodillas rezando la sublime y bella plegaria de la salutación angélica: Cortés, aprovechó aquella feliz oportunidad para hablarles del Dios verdadero y de los celestes privilegios que adornan y engrandecen a María Inmaculada, Reina y Señora del universo.

El grito alentador de Cortés en la primera batalla con los indios de Tabasco, era todo un símbolo de plenitud religiosa: «Adelante, decía, que Dios y Santa María son con nosotros». Y dando gracias

a Dios y a su Madre Inmaculada, en memoria de tan celebrado triunfo, decidió llamar a la villa que fundara sobre el campo de batalla, «Santa María de la Victoria».

A poco de llegar Cortés a Nueva España, invadido por su ardoroso afán apostólico, logró que los indios de Cempeola derribasen los falsos dioses de su adoratorio, y tras purificar el local de los horrendos sacrificios humanos y engalanarle con decencia y decoro religioso, mandó construir un altar sobre el que colocó una linda imagen de la Purísima Virgen María, recomendando a los indios que en adelante, se encomendaran en todas sus necesidades y anhelos a esta celestial Señora. Pero al no ofrecerle los naturales, una garantía segura, procuró, antes de abandonar el poblado y dejar sola a la imagen de la Inmaculada, ponerla bajo la custodia del veterano cordobés, Juan de Torres, llamado por ello, el centinela de la Purísima Madre de Dios; el gallardo guardián de María Inmaculada.

Cortés mandó limpiar los adoratorios indios, salpicados de sangre humana, convirtiéndolos en templos vivos de Dios y tronos encumbrados de la Inmaculada Virgen María.

Hasta en la capital de Méjico, el mismo Cortés, con peligro de su preciosa existencia, transformó el principal adoratorio indio en un lugar sagrado, dedicado a la pura y limpia Concepción de la Madre de Dios: El signo triunfante de la Cruz bendita y la imagen de la Virgen sin mancilla, iban, de este modo, presidiendo los templos levantados por España en la conquista de Méjico.

Cortés, inmaculista, invocaba angustioso a la Purísima Virgen María en la fuga de la Noche Triste. Todos los soldados hacían fervorosas oraciones y clamaban a Santa María ante el peligro. Mas en aquella tremenda aflicción, aparece el poder de la Madre de Dios, clara Estrella de salvación, que hizo desaparecer la nube trágica que se cernía sobre los valerosos y heroicos soldados españoles.

Al entrar triunfante Cortés en Méjico, junto con el pendón de Castilla y la Cruz, iba la imagen resplandeciente de María. Y el grave historiador citado, P. Cuevas, asegura, que Cortés llevaba de su estandarte una imagen de la Inmaculada Concepción, que quedó como recuerdo glorioso en la Universidad de Méjico, fundada por el César Carlos V y consagrada a la Virgen María en tan soberano Misterio.

Cortés regaló una preciosa imagen de María a la ciudad de Tlaxcala, como rica y devota preseña, todavía existente en esta ciudad antes de la persecución religiosa en Méjico.

Devotísimo de la Virgen Inmaculada, a poco de la conquista de Nueva España, Hernán Cortés fundó una Cofradía de la Concepción de Nuestra Señora, con su hospital anejo, dotado con pingües rentas, al que se llamó de la Limpia Concepción, regentado poco después por Juan de Cáceres.

Señalemos otro nuevo hecho, radiante de lumbre inmaculista, acaecido en tierras mejicanas: Las primeras monjas que arribaron al Nuevo Mundo las llevó a Méjico, desde Toledo, fray Juan de Zumárraga; procedían de las concepcionistas, fundadas por la Beata Beatriz de Silva, protegida de la Reina Católica y del célebre Carde-

nal Cisneros: Poco después se extendían por el Virreinato, pasando al Perú, Panamá... como florido itinerario de la Virgen sin mancha que levanta llama de afectos en honor de tan celestial Señora.

A semejanza de los demás conquistadores extremeños; igual que Colón y los grandes caudillos de nuestros siglos dorados, que llenaron al mundo con la fama de sus nombres, Hernán Cortés, sentía un amor lírico y entrañable hacia la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Vuelto a España, fué a largas jornadas al famoso Monasterio para, «hacer novenas», y dar gracias a esta Virgen bendita, haciéndola ofrendas de los más ricos presentes: Toda la fisonomía de este famoso extremeño florece con un apacible resplandor mariano que atrae, subyuga y encanta.

Mas, esta devoción singular a la Purísima Madre de Dios, de Cortés y sus compañeros en la conquista de Méjico, y aquel mismo fervor que a su ejemplo florecía en el corazón de los indios, fué generosamente premiado con el llameante resplandor de un milagro de la Virgen sin mancha.

Todavía se recuerda la fecha venturosa que estremece y llena de júbilo, cuando esta gran Señora, en la colina de Tepeyac, se apareció, con gloria de soles, al dichoso indio Juan Diego, confirmandole en la fe que había recibido de los misioneros españoles. La Inmaculada Madre de Dios quiso ser también Madre de la Iglesia y del pueblo mejicano, que tiernamente la llamaba; «Noble indita, nuestra Madre. Noble indita, Madre de Dios»; Santa María de Guadalupe no sólo hizo germinar la semilla de la fe en el pueblo cristiano, sino que aseguró su crecimiento y solidez, con la aromada gracia de las azucenas cándidas de su Concepción sin mancha y las rosas fragantes de la Maternidad de Jesucristo.

En Tepeyac, como a Bernadetta en Lourdes y a los pastorcitos de Fátima, la Virgen Inmaculada aparece radiante, llena de dulzura, a la gente sencilla, a los humildes de corazón para publicar las maravillas de Dios.

Por consecuencia de tan feliz acontecimiento, reconoce un celebrado historiador protestante, H. Howe, que en 1531 aconteció en Méjico un hecho que había contribuido a la represión de la idolatría, y este hecho fué la milagrosa aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, clara señal de perspectivas insospechadas: Sin la aparición de la Virgen de Guadalupe, dice Vasconcelos, la conquista de España no hubiera sido completa en Méjico.

Ya lo decía alborozado Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de Méjico, a Cortés, a poco del suceso milagroso en Diciembre de 1531, en estas fúlgidas y expresivas palabras: «*Gratias agemus Domino Deo Nostro...* No se puede escribir el gozo de todos... y todo sea alabar a Dios y areitos de indios y todos *Laudent nomem Domini...* Quiero poner a la Iglesia Mayor título de la Concepción de la Madre de Dios, pues en tal día han querido Dios y su Madre hacer esta merced a esta tierra que ganastes».

¡Así comunicaba el célebre obispo-arzobispo franciscano, uno de los más grandes civilizadores de América, la decisiva influencia de

la Purísima Virgen María, en la evangelización de Méjico, a Hernán Cortés!

De este modo, al calor reconfortante del manto protector de Nuestra Señora de Guadalupe, pudo operarse aquel otro portento de la conversión de los indios, que la llegaron a profesar un culto tan amoroso y filial, sólo comparable con el que, bajo idéntica advocación, se le tenía en España, en los siglos de nuestra mayor pujanza y poderío: Cuando el sol era prisionero de los dominios de este gran pueblo, nacido para mandar y enseñar la Santa Ley del Señor y extender por toda la tierra, como aurora radiante, el dulce amor a María Inmaculada.

¿Qué significan los prestigios que hoy vagan por el mundo, frente al talento político y militar de aquellos héroes, que ganaron para Dios y para la cristiana y universal civilización veinte naciones, orgullo de España y honor de la Humanidad?

De esta raza de hombres superiores, sólo ha quedado un ejemplo en el mundo: La propia España: La España de ahora y de todos los tiempos: La España inmortal y heroica.

La España eterna y militante de Jesús Sacramentado y de María Inmaculada.

PENSAMIENTOS

La ausencia disminuye las pasiones pequeñas y aumenta las grandes, lo mismo que el viento apaga las bujías y aviva las hogueras.

LA ROCHEFOUCAULD

No hagas comparación de uno a otro, porque es cosa odiosa.

SANTA TERESA

Los médicos de las almas, los sacerdotes, declaman contra las mujeres como los médicos de los cuerpos contra las frutas, que siendo en sí buenas, útiles y hermosas, el abuso las hace nocivas.

FEIJÓO

El pesimista dice que hay más dolores que alegrías, pero olvida que este *más*, no radica en la proporción estricta, sino que resulta de que el anhelo de felicidad es insaciable.

SIMMEL